

Reseña del libro de Claudia Torre. *El otro desierto de la Nación Argentina, antología de narrativa expedicionaria*, Buenos Aires, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, 2011

Inés Margarita Hayes

Laboratorio de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
inihayes@yahoo.com

La preocupación por el “Desierto” no fue exclusiva de la Generación del '37, y mucho menos de la del '80: ya Mariano Moreno, Secretario de Guerra y Gobierno de la Primera Junta, encomendó al coronel Pedro Andrés García una expedición hacia las pampas. Pero, lejos de ser exterminados o reducidos, los indios podían ser “asimilados a la civilización”. Sin embargo, la concepción de asimilación duró poco: en 1826, Bernardino Rivadavia contrató al prusiano Federico Rauch (que recibió el grado de Coronel) para controlar las fronteras. Su cita, “Hoy, 18 de enero de 1826, para ahorrar balas, degollamos a 27 ranqueles” quedará en la memoria negra de la historia.

“La palabra ‘desierto’ denominaba algo específico en el imaginario argentino secular: se inscribe en la cultura argentina con la fuerte impronta alberdiana de ‘gobernar es poblar’, por lo tanto se hacía necesario que hubiera una ausencia de pueblos, es decir, que fuera concebida como una ausencia de población, cosa que –en rigor- no era un hecho real, por lo que entonces los expedicionarios del desierto concibieron como desierto a las tierras pobladas y necesitaron imaginarse otra nación para el desierto argentino”,(1) explica Claudia Torre en el prólogo de *El otro desierto de la nación argentina, antología de narrativa expedicionaria*, editado por la Universidad Nacional de Quilmes.

Según la autora,

“El desierto presentaba verdaderas encrucijadas si se piensa en sus posibilidades de representación porque se trataba de un espacio pensado como límite y a la vez como ámbito de posibilidades infinitas (...) Un Tribunal Arbitral de la época señalaba: ‘Para que un accidente natural constituya una frontera eficiente entre Estados debe reunir dos condiciones primordiales: fácil de reconocer, difícil de cruzar’.(2)



Lo interesante de la antología es que, a través de textos militares, científicos, políticos y periodísticos encuadrados en diferentes géneros -memorias, crónicas, cartas, telegramas, relatos de viajes- se puede acceder a la visión del mundo y del Estado Nación en formación que tenían quienes lo estaban construyendo. Uno de los actores políticos que presionó al gobierno de la provincia de Buenos Aires y al de la Nación para expandir las fronteras a la Patagonia fue la Sociedad Rural Argentina. Ocho años antes de que se lanzara la expedición al Río Negro, la organización rural (nacida en 1866) le escribió al gobernador de Buenos Aires de entonces, Emiliano Castro, para que tomara medidas sobre la expansión de los confines:

“Una muy larga y dolorosa prueba ha demostrado que el sistema defensivo en una línea tan extensa, sin accidentes estratégicos, sin facilidad para adoptarlos por la superficie llana y casi constantemente uniforme, no debe ser mantenida por más tiempo, y mucho menos cuando se trata de un enemigo ávido de rapiña, en razón de su miseria y del tradicional espíritu de venganza que lo anima, ágil y dueño de la extensa llanura de que puede disponer en sus retiradas”.(3)

La carta, recogida en la antología y fechada el 14 de octubre de 1871, está firmada, entre otros, por Miguel Azcuénaga, Federico Leloir, N. Martínez de Hoz, Saturnino Martínez de Hoz y Pedro de Elizalde. La gran mayoría de las más de 30 millones de hectáreas conseguidas luego de la Conquista del Desierto fueron repartidos entre los mismos patrocinadores de la expedición.

La compilación está conformada por obras que relatan viajes a las fronteras en los años previos a la Expedición al Río Negro (que se llevó a cabo entre abril y julio de 1879 y estuvo al mando Julio Argentino Roca, entonces ministro de Guerra de Nicolás Avellaneda) así como por textos de los propios expedicionarios que integraban alguna de las cinco columnas de la Expedición y los escritos de quienes formaron parte de la campaña pero escribieron relatos autobiográficos 15 o 20 años después. Todas las obras fueron publicadas entre 1870 y 1900, momento en que en la ciudad de Buenos Aires la producción y circulación de textos y periódicos crece a medida que aparecen las imprentas, los editores, las librerías, surge la profesionalización del escritor y la literatura aparece como un campo y una disciplina autónoma.

En el prólogo de *El otro desierto*, Torre analiza de qué manera el discurso del *yo expedicionario* servía de justificación y legitimidad tanto de las tareas realizadas por quienes viajaban y escribían como del propio Estado que, en general, era quien encomendaba las tareas de exploración y conquista:

“El yo expedicionario ayuda a configurar la forma del encargo en el interior de las obras, en las zonas paratextuales: prólogos y apéndices en particular. Para responder a la demanda externa construye enunciados en los que la primera persona tiene un desarrollo clave. Es entonces una delicada filigrana a través de la cual sujetos individuales y sujetos colectivos construyeron un orden de cosas. Si con Facundo en la década de 1840, la condición de posibilidad del discurso era la representación de la voz del otro, a partir de los años setenta de ese mismo siglo, la condición de posibilidad será la articulación de una voz propia, resultado del cruce

entre individualidad y Estado".(4)

Por otra parte, Torre expresa que el gesto que predominaba era el de la búsqueda de un discurso de autoridad que era ejercida por el autor y reconocida por el lector. Pero ¿de dónde venía la autoridad de estos hombres?, se pregunta la compiladora:

"Venía del hecho de que se les confería una responsabilidad moral a sus acciones expedicionarias: bélicas, estratégicas, políticas, científicas, religiosas: el derecho colectivo a intervenir directamente en un asunto público como si se tratara de una actividad intelectual y simbólica".(5)

Viaje a la Patagonia austral, de Francisco Perito Moreno, es otro de los textos recopilados por la autora. Además de describir la naturaleza de los lugares recorridos, el naturalista cuenta cómo era recibido en las tolderías:

"En los centros civilizados generalmente no se conocen (o no se quieren admitir) los instintos generosos del indio. Yo, que he vivido con ellos, sé que el viajero no necesita armas mientras habite el humilde toldo (...) El indio puro no es el malvado que asola las fronteras, muchas veces impulsado por terceros que se llaman cristianos. Su mayor deseo es aprender todo lo que, compatible con su carácter, pueda enseñarle el europeo, y si con su familia llega a conseguir algunas comodidades, no vuelve jamás a su vida nómada".(6)

Todas las obras compiladas se escribieron entre las presidencias de Sarmiento, Avellaneda, Roca, Pellegrini y Juárez Celman. La autora alega que de todos estos presidentes constitucionales –importantes legitimadores de la escritura expedicionaria- hay que señalar a dos en particular:

"a Nicolás Avellaneda (1874-1880) que fue el más vehemente operador en la cuestión fronteras y a Julio Argentino Roca (1880-1886, 1898-1904) quien convirtió la propia experiencia militar expedicionaria –'ministro en campaña'- en programa político y candidatura presidencial".(7)

Las obras están divididas en tres ejes que ordenan los textos tanto temporal como temáticamente: *La Previa*, conformado por los relatos de viajes de Santiago Arcos, Estanislao Zeballos, Álvaro Barros, Ramón Lista y Francisco Perito Moreno, en los años anteriores -1869 y 1878)- a la Expedición al Río Negro de 1879; *La imaginación del Desierto* y *En Viaje*, integrados por los escritos de los propios expedicionarios (Julio A. Roca, Manuel Olascoaga, Eduardo Racedo, Conrado Villegas, Antonio Espinosa, Adolfo Doering, Pablo Lorentz, Alfred Ébélot y Remigio Lupo), es decir, de los que conformaron alguna de las cinco columnas de la Expedición y *Melancolía castrense de la frontera*, compuesto por las obras de expedicionarios (Manuel Prado, Guillermo Pechmann e Ignacio Fotheringham) que fueron parte de la campaña pero que escribieron 15 o 20 años después. Todas las obras publicadas son reproducidas textualmente respetando las ediciones originales.

Si bien Torre propone una lectura alternativa a la exaltación de la Conquista del Desierto que hicieron los ideólogos y defensores de las dictaduras militares argentinas (8) y las nociones de *Genocidio* y *desaparecidos* expuestas por David

Viñas en *Indios, Ejército y Frontera*,⁽⁹⁾ no deja de reconocer que en relación con otros países, “*la Conquista del Desierto argentino se presenta como la que más decididamente excluyó a los indios de una identidad nacional y nueva. En Chile se observan políticas más inclusivas. Así como en Brasil donde además negros e indios formaron parte de un imaginario simbólico y contribuyeron a dar cuerpo a los mitos de origen*”.⁽¹⁰⁾

Notas

- (1) Torre, Claudia. *El otro desierto de la Nación Argentina. Antología de narrativa expedicionaria*, Primera Edición, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2011, p. 11.
- (2) Idem, p. 10.
- (3) Idem, p. 98.
- (4) Idem, p. 23.
- (5) Idem, p. 13.
- (6) Idem, pp. 71-72.
- (7) Idem, p. 24.
- (8) Walther, Carlos. *La Conquista del Desierto. Síntesis histórica de los principales sucesos y operaciones militares realizados en la Pampa y Patagonia contra los indios (años 1527-1885)*. Eudeba, 1974.
- (9) Viñas, David. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores. 1982. (10) Idem, Op. Cit., p. 17.

Recibida: el 1 de diciembre de 2011

Aprobada: el 7 de diciembre de 2011